

ANEXO D

TEMA PARA UN NOVELISTA

Hay verdad en la Historia, y hay verdad en la fantasía. El que trabaja hace cosas tan maravillosas como las que jamás han cruzado por las sombras nebulosas de los ensueños de un poeta. Lo que ha sido, si se registra correcta y vivamente, nos asombrará por el fuerte carácter dramático de los incidentes y escenas más que todos los vástagos del cerebro soñador, cuya visión alcanza sólo "las cosas que podrían haber sido pero nunca fueron".

Comparen las novelas del hábil Sir Walter con las de Bulwer, Sue y Dickens, todas fragantes de verdades y naturaleza; pero mientras las últimas rebosan de propósitos elevados, aspiraciones nobles, sentimientos bellos y santos, y de la galantería y amabilidad que tienen su hogar y alcoba en el corazón y el alma del hombre modesto, valiente y abnegado, las primeras muestran cómo todo ello se forja y estampa sobre el siglo en hechos grandiosos y gloriosos.

*"Cada cual debe trabajar como Dios ha dado,
La mano del héroe y el alma del poeta;
El trabajo es un deber mientras vivimos en
Este mundo fantasmal de pecado y dolor.
Naturalezas mansas, hincadas humildemente,
Levantán sus blancas manos, suplicando
Al trono del Rey de los Cielos;
Naturalezas más fuertes, culminando,*

*En grandes acciones, encarnando
Lo que otros apenas pueden cantar."*

Son los hechos, y no las resoluciones y proyectos, los que comandan la atención de la era. Hace menos de dos años, surgió un pensamiento en el cerebro de un joven, sentado en su santuario atestado de libros donde solía entrar en comunión con los grandes y los buenos de otras épocas. Lo consideró; le dio vueltas en su mente; lo examinó por todos lados; vio los obstáculos que se interponían en el camino para llevarlo a cabo en la práctica; vio, también, los gloriosos resultados que se lograrían para su generación si, en el orden misterioso de la providencia divina, le fuera permitido triunfar; y se decidió. En adelante ya no fue dueño de sí mismo. Había un designio poderoso que debía ejecutar y anhelaba ser el abanderado en su ejecución,

*"Con el pendón de los pueblos,
Precipitándose en el torbellino de la batalla."*

El resultado es hoy una página de la Historia. Es también un tema de lo más inspirador para el novelista.

¡Cuán dramáticos los eventos del 11, 12 y 13 de octubre! Durante doce meses, cuatro Estados con una población de casi dos millones de habitantes han combinado esfuerzos para levantar un ejército que extermine al elemento anglosajón en Nicaragua. Su avance dentro del país hasta casi doce millas del Ejército Americano; la salida del general Walker a enfrentarse a los bravucones invasores; su derrota y descalabro en Masaya —ya todo eso lo escribió una pluma capaz. ¡Qué intrépidos esos "chapines", que se ilusionaron con la creencia de que Granada estaba sin protección —que en la antigua plaza fuerte no había más que mujeres y niños, enfermos y lisiados!

¡Con qué osadía avanzaron, y cuán fácil novecientos rodearon a ciento veinte! ¡Cuán ignominiosa la conducta de esos guerreros! —¡cuán ridículo el

resultado para ellos!— ¡cuán sublime para nosotros! No tomaron posesión del arsenal o el depósito de la pólvora, pero saquearon las casas y baúles de amigo y enemigo sin distinción. Se cargaron de botín, y con ello colmaron su ambición hasta el tope.

En vano durante la noche su clarín llamó a la carga. Sus almas cobardes rehusaron moverse, y en vez de avanzar se agazaparon en las afueras de la ciudad; y ellos que no osaron luchar no desdeñaron asesinar. Colocaron contra la pared a hombres inermes, inocentes, y los balearon a sangre fría —entre ellos a dos servidores profesos del Altísimo. ¡Ay! poco se imaginaron los infames que cuando pateaban Su Palabra por las calles y la pisoteaban, cómo, en una corta hora, Él caería sobre ellos con una terrible venganza y los segaría como la guadaña a la yerba.

Durante el día y la noche del 12, los ciento veinte se mantuvieron en sus puestos, y cuando el enemigo, entorpecido y frenético en sus borracheras bacanales, vociferaba y vomitaba sus amenazas blasfemas, la consigna "Dios y Libertad" subió clara y fuerte por sobre todas ellas y no dejó de escucharse en el Cielo.

Muchos "tres veces tres" se dieron por William Walker, y nadie dudó que él, que ha sido ordenado redimir a Nicaragua de una tiranía tan vil como la peor que ha jamás maldecido a una nación, vendría a salvarlos. Y por fin amaneció, y el cobarde enemigo seguía en aprietos. Así como en las tradiciones de la antigua Grecia, se dice que los dioses brindaban su ayuda en los combates para sostener al bien, así, pareciera, que los ángeles guerreros esa noche revolotearon sobre la pandilla en la plaza, y vigilaron con especial cuidado las moradas de los enfermos y el asilo de las mujeres para que nadie les hiciera daño.

La lucha había durado veintiuna horas cuando los centinelas en el arsenal vieron una nube de humo sobre las colinas en la lejanía, bordeando el camino de Masaya. No había como equivocarse: "¡viene el general Walker!" sonó el grito.

Hubo una pausa —todos los ojos se volvieron hacia Jalteva; y cuando en pocos minutos vieron desfilar a "nuestros muchachos" con la precisión de veteranos, bajando por el terraplén junto a la distante iglesia, sin espléndidos uniformes que brillaran en el sol matinal, y sin acordes de inspiradora música marcial que los incitara a avanzar, pero con la victoria y el desafío estampados en sus figuras llenas de lodo, e inscritos en sus banderas al viento —¡ahí entonces sonaron los vítores en el arsenal, resonaron en la vieja iglesia parroquial y se propagaron resonando más fuertes en el cuartel —un grito que infundió esperanza y nueva vida y lágrimas de gozo a los corazones de nuestros familiares y amigos, pero tal terror al acobardado enemigo que no pudo huir, y cayó, muchos de ellos en la trampa que ellos mismos cavaron.

Algunos oyeron el grito, sin saber al comienzo lo que significaba —amigos que quedaron aislados en sus casas y aguardaban aterrados el cuchillo asesino en cualquier momento. Pero cuando el general Walker y "los muchachos" se aproximaron a la plaza, y vieron que aún ondeaba en el asta, en el centro, la insignia de Nicaragua libre —"En un campo blanco, con bordes azul celeste, el planeta rojo Marte"— dándose así cuenta de que Nicaragua seguía a salvo, el tambor y el pífano tocaron la antigua tonada hogareña de Yankee Doodle; y los que no sabían lo que significaba el grito, sí conocían el aire que en otros tiempos había conducido a sus padres de victoria en victoria.

Un año antes en esa misma fecha, el inolvidable 13 de octubre, el general William Walker entró a Granada por vez primera, y ésta fue su "segunda venida".⁴⁸⁹